

nase por un cambio de ministerio, que entretuviera por un momento la opinion y decidiera al país á continuar la guerra. Insistia por esto cerca del Congreso para que no se confiase demasiado.

La llegada de Sir Guy Carleton que en Marzo de 1782 vino á reemplazar á Sir Henry Clinton en el mando de las tropas inglesas de Nueva-York, tranquilizó bien pronto á Washington. Sir Carleton anunció que las probabilidades de paz eran cada dia mayores; que las hostilidades no traerian mas que males inútiles, y que lo mas prudente era que cada parte conservase sus posiciones. Esto sucedió; pero tal seguridad produjo en América una crisis en que la libertad naciente podia haber desaparecido, sin la prudencia y magnanimidad de Washington.

Seguros de la paz, ni el Congreso, ni los Estados, volvieron á ocuparse del ejército, de las subsistencias y de los sueldos. En Agosto de 1782, los Estados apenas habrian dado 80,000 dollars, con lo que con dificultad habia podido alimentarse la tropa, pero no pagarse.

Grande era la irritacion de los oficiales, cuando en Marzo de 1783 se recibió la noticia de que habian sido firmados los preliminares de la paz por los comisarios americanos. El ejército participa del regocijo general; pero bien pronto vino la inquietud. La paz traeria el licenciamiento del ejército; ¿cómo se le consideraria? Los agentes enviados á Filadelfia por los oficiales, avisaron que nada podia obtenerse del Congreso. Era de temerse que firmada la paz, fuesen retirados sin sueldo ni pension alguna todos los que durante siete años habian expuesto su vida por la patria.

Fué entónces cuando apareció en el ejército aquella carta anónima en que se invitaba á los oficiales á reunirse al dia siguiente para conferenciar, y á no disolverse, sin conseguir ántes que se les hiciera justicia. La carta era severa y amenazante.<sup>1</sup>

Suponed un general ambicioso, y esta carta era la ocasion mas oportuna de llegar á la dictadura; no fué necesario tanto para que el ejército de Italia conducido por Bonaparte hiciera el 18 Fructidor; pero Washington era otra cosa mas que un ambicioso; todos sus temores y todo su amor eran para la patria.

Con su prudencia ordinaria no combatió de frente la carta anóni-

<sup>1</sup> Véase esta carta en el tomo II, leccion V, página 82.

ma que habia inflamado los espíritus; se contentó con declarar en la órden del dia que la invitacion no era regular, y fijó para cuatro dias mas tarde una reunion en que se examinaria este punto.

Durante estos cuatro dias vió á cada uno de los oficiales sucesivamente; los calma, les abre los ojos y se constituye su defensor ante el Congreso. Así es que, á la hora de la reunion pudo hablar con una moderacion y una fuerza, que sedujeron á todos los corazones.

«Señores: Una invitacion, cuyo autor no es conocido, nos reune aquí. Vosotros decidiréis cuán subversivo de toda disciplina es este acto, y cuán contrario al buen órden.

«Despues de esta invitacion, ha aparecido un escrito anónimo que ha circulado secretamente. Esta proclama tenia por objeto inflamar las pasiones, mas bien que recomendar una deliberacion tranquila en que la razon fuese escuchada. El autor tiene mérito como escritor; quisiera yo solo darle buenas intenciones. Vemos los objetos con ojos diferentes y marchamos á un mismo fin por diversos medios; él está desprovisto de caridad para designar como sospechoso al que recomendase la moderacion y la paciencia, ó para hablar mas claramente, al que no fuera de su parecer. Digamos, pues, que habia un plan en que la sinceridad, el amor á la justicia y á la patria, no tenian parte alguna. Él ha tenido razon de cubrir los mas negros proyectos con el velo de la desconfianza y de las suposiciones mas atroces. ¿Me meteré yo á probar que tal escrito ha sido hecho con la intencion mas insidiosa? ¿Qué se propone al inflamar los espíritus con la idea de que el gobierno es injusto por sistema y de conducirnos por el recuerdo de vuestros males á medidas que no permite la razon?

«Esto era lo que primeramente debia haceros notar para que pudiéseis juzgar por qué me opongo á este modo irregular de convocaros. Mi oposicion no reconoce otra causa, y estoy léjos de contrariar los medios de que la autoridad conozca vuestras quejas, con tal de que esos medios estén de acuerdo con el honor y con la dignidad del ejército. Si hasta hoy no me habeis conocido como amigo del soldado, no es este el momento de convenceros. Compañero y testigo de vuestros sufrimientos, he sido siempre de los primeros en hacer justicia á vuestras virtudes, reconociendo vuestros títulos y vuestros derechos para ser recompensados. Mi honor ha sido siempre inseparable del ejérci-

to, y cuando tocamos al término de nuestros trabajos hay quien se atreva á acusarme de ver con indiferencia vuestros intereses. ¿Pero cómo defenderlos? Por un medio bien simple, dice el anónimo. Si la guerra continúa, refugiémonos en el desierto, formemos nuevas colonias, y abandonemos á su propia defensa á esta ingrata patria. Pero si seguimos este consejo, ¿qué defenderéis? ¿Nuestras mugeres, nuestros hijos? ¿Nuestras tierras ó bienes que abandonamos? ó bien, dejando nuestros bienes, ¿llevarémos consigo algo al fondo del desierto, ó perecerémos de hambre, de frio y de desnudez? Así abandonarémos nuestro país cuando él tiene mas necesidad de nuestra ayuda, ó volverémos nuestras armas contra él si el Congreso no cede á nuestras demandas. Esta alternativa hace estremecer. ¿Es amigo de la patria quien os lo aconseja? ¿Es amigo del ejército? No, es enemigo de uno y de otro; es algun emisario de Nueva-York enviado para inflamar la discordia y crear la guerra entre el ejército y la autoridad civil. Pero ¿qué idea ha tenido para aconsejar tales medidas impracticables por su naturaleza? He dicho impracticables, señores, y aquí me detengo. Todo el mundo me habrá comprendido suficientemente. Seria haceros una injuria meterme á probároslo; la prudencia, en verdad, me lo impide. Un momento de reflexion basta para conocer cuán absurdo es uno y otro extremo de la alternativa. Pero el misterio con que el anónimo ha circulado, el efecto que de él se esperaba y otras circunstancias justificarán las observaciones que he hecho.

«En cuanto á la indicacion del autor, de ver como sospechoso al que aconsejara la moderacion, merece todo mi desprecio, como debe merecerlo de todo amigo de la libertad y de la justicia; porque si se nos quita el derecho de emitir libremente nuestras opiniones sobre una materia tan importante ¿de qué sirve la razon? Se nos quitaria bien pronto la palabra y se nos trataria como á brutos. Yo tengo la conviccion sincera y creó firmemente que es la intencion del Congreso haceros justicia; jamas ha sido insensible á vuestros males. Y seguirá esforzándose para proporcionarse los fondos necesarios á fin de pagaros lo que se os debe y de recompensar vuestros servicios. Pero todas las grandes asambleas están agitadas por diversos intereses, y si la lentitud es inseparable de sus deliberaciones, ¿esta dilacion necesaria deberá hacernos perder la esperanza? La Europa ha admirado vuestro

valor y vuestro patriotismo; ¿acabaréis en un instante con una reputacion adquirida á fuerza de tanto trabajo? ¿Y por qué? por obtener un poco mas pronto lo que pedimos. Pero al contrario, os alejais mas que nunca.

«Fundado en la confianza con que me habeis honrado en las circunstancias mas difíciles, en la sumision á las órdenes de vuestro jefe, y animado por un afecto sin límites para el ejército que he tenido la honra de mandar, os declaro que todos mis esfuerzos se consagraran á la defensa de vuestros intereses, sin faltar á los deberes que tengo para con mi patria y al respeto que debo á las autoridades. Os conjuro á que no tomeis ninguna resolucion que no esté de acuerdo con vuestra dignidad, debiendo descansar sobre las puras intenciones del Congreso. Vuestras cuentas serán liquidadas ántes que el ejército sea disuelto, segun se os ha comunicado hace dos dias. La asamblea tomará las medidas mas eficaces para haceros la justicia debida, y para recompensar vuestros importantes y honrosos servicios. Pero en nombre de la patria, en nombre del honor, que os debe ser tan caro, en nombre de la humanidad, y en nombre, en fin, del honor militar y nacional de América, expresad el horror que debe inspiraros el hombre que bajo pretextos especiosos tiende á destruir los fundamentos de nuestra libertad, á encender la guerra civil y á inundar en sangre un pueblo apenas salido de la cuna.

«Una conducta tan honrosa os conducirá al objeto á que aspirais y destruirá los pérfidos complots de vuestros enemigos, reducidos á emplear el artificio cuando no pueden obrar á cara descubierta. Añadiréis esta á tantas pruebas de paciencia y de patriotismo; y la posteridad, admirada de vuestras virtudes y hazañas, dirá, leyendo esta rparte de vuestra historia: «Era necesario todavía este nuevo rasgo para comprender á qué grado de perfeccion puede llegar la naturaleza humana.»

Arrastrados por esta voz patriótica, declararon los oficiales que veian con horror y rechazaban con desprecio las proposiciones infames contenidas en el escrito anónimo que se les habla dirigido.<sup>1</sup>

Segun el voto de los contemporáneos, este ha sido el mayor servicio que Washington hizo á su país. Si hubiera sido un ambicioso, lo

<sup>1</sup> Ramysa, página 235.

habrían seguido no solo el ejército, sino acaso todo el país. Pero él prefería el título de *hombre de bien* al de señor, que seduce por lo regular á los que le toman. Conservó también otro bello título, el de ciudadano.

Escribió también al Congreso recordando todas las instancias que había hecho para que fueran reconocidos los derechos de los oficiales. No se había pasado un año sin que Washington reclamase. Su carta no tenía nada de amargura, pero se leía en ella la siguiente frase, comparable á lo que la antigüedad tiene de más bello.

«Si como se ha dicho á los oficiales para excitar su indignación, ellos deben ser las únicas víctimas de la revolución, si es preciso que pasen los últimos días de una vida gloriosa en la vergüenza, en el desprecio y en la miseria, *entonces yo habría conocido la ingratitud*, y esta triste experiencia emponzoñaría el resto de mis días.»<sup>1</sup>

Su voz fué escuchada y el Congreso le dió la razón.

El 25 de Noviembre de 1783 los ingleses evacuaron Nueva-York y Washington fué recibido en la ciudad como padre de la patria.

Había llegado la hora de separarse de los soldados que habían sido los compañeros de su fortuna. Esta separación se hizo con toda solemnidad. El 4 de Diciembre de 1783 los oficiales se reunieron en Fraunce-Tabern; Washington apareció en medio de ellos y se hizo traer un vaso de vino.

«Mis amigos, les dije; con el corazón lleno de amor y de reconocimiento me separo hoy de vosotros. Que los días que van á seguir sean tan felices para vosotros, como fueron los primeros tan honrosos y tan llenos de gloria.»

Bebió en seguida, agregando: «No puedo ir á despedirme de cada uno de vosotros, pero quedaria muy reconocido de que cada uno de vosotros viniera á darme la mano.»

Avanzó primero el general Knox. No permitiendo la emoción á Washington hablar, lo abraza. Siguiéron todos los oficiales sucesivamente, y les apretaba la mano sin decir una palabra; las lágrimas bañaban todas las mejillas.

Verificada esta despedida, Washington salió de la sala, y pasando delante de un cuerpo de infantería se fué á embarcar en el río del Norte.

<sup>1</sup> Ramsay. *Vie de Washington*, página 283.

Todos los oficiales le acompañaron hasta la embarcación; Washington, vuelta la vista hácia la ribera, saluda tirando su sombrero al aire, á aquel ejército que había criado y á quien tanto amaba.

De Nueva-York, Washington se dirigió á Annápolis (Maryland), en donde estaba el Congreso, á fin de dimitir el mando. Al pasar por Filadelfia remitió al contador la cuenta de los fondos que había manejado. En esta cuenta, escrita de su propia mano y comprobada con los documentos respectivos, fuera de los gastos secretos, aparecía que se habían gastado en ocho años cerca de 360,000 francos. Los gastos secretos importaban poco menos de 50,000.

Se comprendían en esto los gastos personales como general, con mesa para él y para sus oficiales. Sabéis que desde el principio de la guerra rehusó toda especie de sueldo, declarando que solo recibiría una indemnización. Era una idea republicana; no aceptar nada de su país, pero no obligarle tampoco por una generosidad aristocrática que hiriese la igualdad.

Después de la glosa de sus cuentas en toda forma, Washington se dirigió al Congreso para resignar en una audiencia pública un mando tan noblemente ejercido. El 20 de Diciembre de 1783 el Congreso le recibió como merecía serlo el fundador y el defensor de la República.

En su discurso no olvidó á sus queridos oficiales.

«SEÑOR PRESIDENTE:

«Han llegado al fin los acontecimientos que debían traer mi retirada; vengo á ofrecer al Congreso mis sinceras felicitaciones. Tengo el honor de presentarme ante él para deponer el mando con que se dignó honrarme, pidiéndole permiso para separarme de la carrera en que no entré sino por servir á mi país.

«Feliz al ver asegurada la independencia de los Estados-Unidos, me separo con gusto de unas funciones de que estaba encargado con la mayor desconfianza. La carga era difícil y sentía toda la debilidad de mis medios; pero la justicia de nuestra causa, la unión de todos los ciudadanos, y sobre todo, la protección del cielo, que dispone de los hombres y de los pueblos, son los motivos poderosos que me han sostenido.

«El éxito que ha coronado nuestras armas ha sobrepujado á nues-

tras esperanzas. Miétras mas dirijo mi vista sobre los efectos maravillosos de la proteccion celeste que nos ha favorecido, mas se aumenta mi reconocimiento.

«Recordando lo que debo al celo del ejército, tendria que reprocharme si en estas circunstancias solemnes no dijese todo lo que debo á los servicios y talento de los oficiales, con quienes he estado ligado durante la guerra. Si hubieran estado unidos á mí por los lazos de la sangre no habria estado mejor servido por su afecto y su adhesion. Permittedme, señor, recomendar especialmente á la benevolencia del Congreso, á los que han continuado su servicio hasta este momento. Tienen derecho á la consideracion mas distinguida.

«Al terminar mis funciones públicas, creo un deber indispensable recomendar los intereses de mi cara patria á la proteccion del Todopoderoso, que dispone de los imperios y que se ha dignado bendecir á los encargados de velar por la dicha y tranquilidad del Estado.

«Cumplido mi deber, me retiro del teatro de los negocios públicos. Ruego á esta augusta asamblea, cuyas órdenes he ejecutado tanto tiempo, que se sirva aceptar mi mas afectuosa despedida. Depongo mi encargo y me retiro al mismo tiempo de todos los empleos de la vida pública.»

El Congreso le da las gracias casi en los mismos términos, y Washington, convertido en simple ciudadano, se retira á Mont-Vernon en las riberas del Potomac, *á la sombra de su viña y de su higuera*. El solo privilegio que distingue al ántes general en jefe, del resto de sus conciudadanos, el único testimonio que aceptó del reconocimiento de su país, fué el derecho de enviar y de recibir sus cartas francas de porte, señal de distincion que desde entónces se concede á los presidentes que salen del poder.<sup>1</sup>

La obra de Washington no estaba terminada todavía. Nuevos peligros amenazarían á la América, y Washington debia aún salvarla dos veces. General, legislador, presidente, tres ocasiones tuvo en sus manos la suerte de su patria, y siempre manejó tan sagrado depósito con toda la sábia prudencia de un gran ciudadano. El primero en la paz, el primero en la guerra, fué el bienhechor de los Estados Unidos.

<sup>1</sup> Ramsay, página 266.

¿Y solo á la América es á quien ha servido? No, es á todo el género humano. Buscad en la historia algunos nombres brillantes, como los que se nos hacen admirar de los grandes hombres. César, Federico II, la mentira ó el crimen triunfante. Washington ha legado al porvenir el ejemplo benéfico del patriotismo fecundo, de la virtud feliz en sus empresas. Ha dejado al viejo mundo la figura siniestra de esos Césares con las manos llenas de sangre; y ha inaugurado en el mundo moderno el reinado de esos hombres de Estado, cristianos, que hacen consistir su gloria en ser, no los asesinos, sino los servidores de sus conciudadanos.